

DISCURSO

SANTA TERESA DE JESÚS



CONFERENCIA

DADA EN EL CASINO DEL ESCORIAL EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1914

POR EL

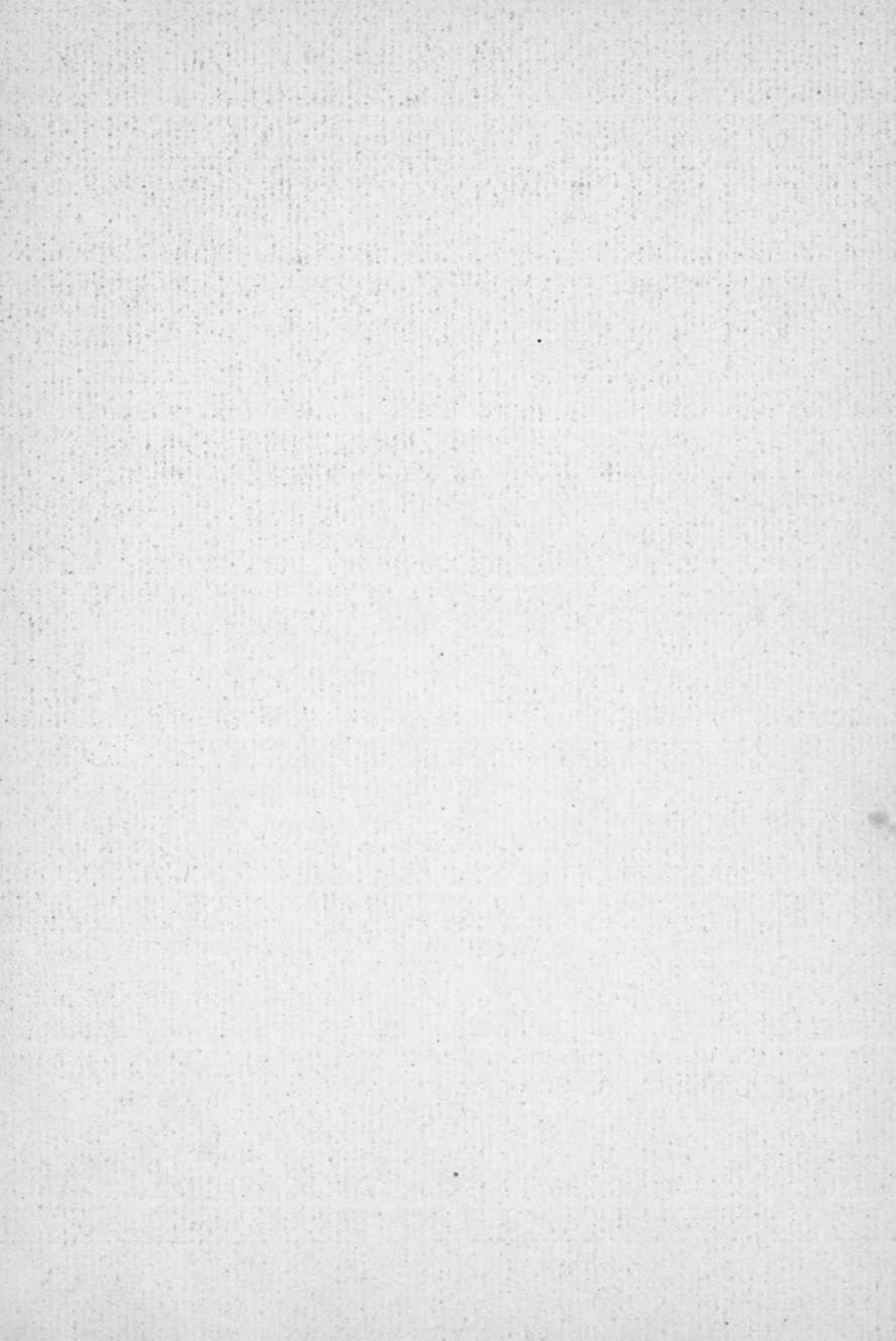
P. Guillermo Antolín, Agustino



IMPRESA HELENICA
PASAJE DE LA ALHAMBRA, NÚM. 3
MADRID



Santa Teresa de Jesús





†
teresa de Jesús;

Verdadero Retrato de Santa Teresa de Jesús, que se guarda en el convento de Carmelitas de Valladolid.

SANTA TERESA DE JESÚS



CONFERENCIA

DADA EN EL CASINO DEL ESCORIAL EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1914

POR EL

P. Guillermo Antolín, Agustino



IMPRENTA HELÉNICA
PASAJE DE LA ALHÁMBRA, NÚM. 3
MADRID

SEÑORAS Y SEÑORES:

Tal vez, de todos los Padres Agustinos de El Escorial no haya ninguno que tenga menos condiciones que yo para daros una corta conferencia acerca de la gran Santa Teresa de Jesús. No creáis que digo esto por soberbia, que, como sabéis, se oculta casi siempre bajo la aparente capa de humildad: lo digo, porque de corazón lo siento así. Vosotros mismos lo vais á confirmar bien pronto.

Dos causas han contribuido á que sea yo quien tenga el honor de hablaros aquí: una es el haber sido encargado para escribir una breve historia de los cuatro libros autógrafos de Santa Teresa, que guardamos y veneramos en el Monasterio desde el siglo XVI, para divulgarla entre todos los buenos españoles, pues, aunque parezca extraño, son todavía poco conocidos; y otra causa, y esta parece haber sido la principal, es porque yo ando mucho entre los libros, y creyendo que un refrán que vosotros sabéis es aplicable á todas las cosas, yo debo saber mucho. Ahora vais á conocer á un bibliotecario que sabe bien poco.

No obstante, para que veáis que soy sincero, os diré que cuando me encomendaron este honor me alegré mucho, porque quiero contarme entre los más devotos y entusiastas admiradores de Santa Teresa de Jesús, y se me ofrecía una ocasión solemne para hacer algo por su exaltación, por su gloria, aunque en realidad, no necesita de lo mío.

Si pasáis un rato agradable, agradecédselo á la Junta de Señoras organizadora de las fiestas con que vamos á celebrar en este Real Sitio de El Escorial el tercer centenario de la beatificación de la glo-

riosa Reformadora del Carmen. Si le pasáis malo, que es lo más probable, agradecédmelo á mí. Yo á vuestra indulgencia me confío.

*
**

Para poder apreciar, no en toda la realidad, porque es tan grande su figura que no cabe en el marco de nuestra inteligencia, lo que vale Santa Teresa de Jesús, necesitamos trasladarnos por un poco de tiempo á nuestro siglo XVI. Yo no he de repetir cuánto de grande, de admirable, de asombroso, se ha escrito de aquel siglo, porque, aparte de que sería llevar agua al mar, tampoco hay espacio para ello. Como fatigados de admirar todos nuestros ingenios, y aun los ingenios extranjeros, tanta grandeza, todos al fin han coincidido en una frase sagrada, que hace saltar de orgullo noble y santo á los buenos españoles, llamándole *Siglo de Oro*. Y en verdad, que en nuestro siglo XVI todo era grande.

Eran grandes nuestros guerreros, que vencían en todas las batallas, no por el poder bruto de las armas, que no da ninguna gloria, sino por su valor indomable, alimentado siempre por el ardiente amor á la patria. Oid algunos nombres: Don Juan de Austria, que hundió para siempre en el golfo de Lepanto el poder de la Media Luna; Filiberto de Saboya, que derrotó á los franceses en la célebre batalla de San Quintín; el Duque de Alba, que conquistó á Portugal. No quiero consignar los nombres de los grandes capitanes de Carlos V, porque son innumerables. En el siglo XVI era tan grande nuestra España, que nunca se ponía el sol en sus dominios. Ninguno de aquellos grandes Imperios de la antigüedad, que por lo grandes han parecido fabulosos, ni el mismo Imperio Romano, que parecía un Imperio universal, llegaron á ser lo que era España en el siglo XVI. Casi toda la tierra era nuestra, y todos los pueblos civilizados y muchos pueblos salvajes, que entonces estábamos haciendo cristianos, se descubrían al pronunciar el bendito nombre de España.

En el siglo XVI eran grandes nuestros pintores. Ni antes ni después ha alcanzado el arte de pintar ni la corrección del dibujo, ni la viveza del color, ni el movimiento de las figuras, ni el ambiente del fondo, como lo realizaron, á manera de inspiración divina, los pintores españoles de aquel tiempo. Aún hoy, las joyas más preciosas

que adornan los muros, no solamente de los Museos de España, sino de todo el mundo, son aquellos cuadros españoles. Trasladaban al lienzo la realidad de la vida, pero espiritualizada, idealizada. Siguen siendo aquellos pintores los modelos inmortales, que todos desean copiar; y en estos nuestros días, lo que se llama modernismo, es, á mi parecer, como una protesta con que se quiere ocultar la impotencia del arte, marchándose por lo raro, por lo extravagante, lo mismo en la composición que en el colorido. Cuadros que en el siglo XVI se vendían por un pedazo de pan, se compran hoy por muchos miles de duros. Ved si será grande su valor artístico. Ribera, Moro, Pantoja de la Cruz, Sánchez Coello, Navarrete, el Greco, se llamaban aquellos pintores.

En el siglo XVI eran grandes nuestros literatos y nuestros poetas. Entonces se estereotipó la limpieza de la lengua castizamente española. A semejanza de los tiempos clásicos de Grecia, que ha sido el pueblo más culto de la humanidad antigua, hasta nuestros labradores, hasta nuestros pastores de aquel tiempo hablaban con más pureza de frase con que hoy escriben los que se precian de más puros estilistas. Leed los diálogos y los romances que fueron sorprendidos de la misma boca del pueblo, y que han llegado hasta nosotros. Y á pesar de ser todos literatos, ¡qué gigantes!—no encuentro otra palabra que exprese mejor lo que quiero decir—¡qué gigantes de la literatura y de la poesía vivieron en aquellos días! Fr. Luis de León, cuya delicadísima poesía lírica sigue siendo el encanto de los sentimientos del alma. Fr. Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Lope de Vega, Hurtado de Mendoza, Quevedo y otros cuya sola lista nos ocuparía todo el tiempo. Sólo Cervantes llena el mundo de gloria española.

En el siglo XVI eran grandes nuestros sabios. Creo que una tercera parte de la historia del Santo Concilio de Trento, no se puede escribir, si se prescinde de los grandes teólogos y filósofos españoles que á él asistieron. Y advertid que en aquel celeberrimo Concilio, puede decirse que se aquilató y fijó toda la doctrina dogmática y canónica de la Iglesia; que fué el que destruyó científicamente la reforma de Lutero, que sólo prosperó por su relajación moral y libre; que en los cánones sapientísimos que en él se dieron se han inspi-

rado después muchas legislaciones civiles, que han hecho prosperar á las naciones.

Nuestros reyes del siglo XVI se llamaron Isabel la Católica, Carlos V y Felipe II.

Hasta nuestros Santos de aquel siglo eran más grandes. San Ignacio de Loyola, que con su Compañía conquistó el mundo para Jesucristo; San Francisco Javier, más célebre que Colón, pues descubrió el cielo á toda la India; San José de Calasanz, que evangelizó á los pobres; Santo Tomás de Villanueva, verdadero apóstol de todas las obras sociales, que ni cama propia tuvo para morir; San Juan de Sahagún, pacificador de los célebres y enconados bandos de Salamanca.

Ya lo veis: en el siglo XVI, siglo de fe y de patriotismo, en todo éramos grandes.

*
* *

Perdonad si me he extendido un poco en hablaros de nuestro siglo XVI. No han sido más que las líneas del dibujo, el boceto, y hecho mal y aprisa, como hecho por mí, para colocar en ese cuadro de tantas grandezas la figura de Santa Teresa de Jesús, que le llena casi todo; y todas esas figuras que habéis visto pasar rápidamente, forman la corte de honor, de gloria, de triunfo, de esa mujer incomparable. Santa Teresa de Jesús es la heroína de las infinitas esperanzas: Dios la llama para fundar una Orden religiosa de duras penitencias, de continua oración, de pobreza evangélica, de despego de las cosas del mundo, y ella, muy enferma de cuerpo, sin vacilar, con intrepidez de apóstol, realiza aquella obra, que calificaban los sabios, hasta los buenos, de delirios de mujer inquieta y amante de novedades. Se levantan tormentas que infundían pavor; todos eran obstáculos y dificultades; los mismos Prelados de la Iglesia dudaban de la misión divina de aquella mujer, no sea que fuera una de tantas como por entonces falsamente profetizaban con daño de la sencillez del pueblo; los prudentes del mundo se burlaban de las locuras de aquella monja. Pero ella, sin temor, serena, confiada, marcha adelante; Dios lo quiere, sólo Dios basta. Un día la dice Jesús en la Sagrada Comuni3n: Date prisa á fundar muchas casas de estas en que habiten almas que me amen, y Santa Teresa recorre casi toda Espa-

ña, y funda en ciudades y en pueblos casas que eran un verdadero milagro. Hoy nada sabían los vecinos, y mañana ya tenían un convento de monjas Carmelitas descalzas con su esquila y todo. No hay en toda la historia de la mujer—ya supongo que vuestro talento exceptuará de esta afirmación á la Santísima Virgen—, otra mujer más grande. Señoras que me escucháis, aunque no tuvierais otras glorias de vuestro sexo, que las tenéis y muchas, sólo Santa Teresa de Jesús basta para llenaros de noble orgullo, para calificar de injusta y anti-humana la grosera esclavitud en que antes os tenían los pueblos salvajes y ahora os quieren tener algunos bárbaros civilizados. Santa Teresa de Jesús da más gloria á la Humanidad que toda una legión de hombres.

Por ser la gloriosa Fundadora de las monjas Carmelitas descalzas, como santa, extraordinariamente santa; como sabia, extraordinariamente sabia; como mujer, extraordinariamente mujer—no os extrañe que diga esto, porque ella sola en vida fundó dieciséis conventos de monjas que eran sus hijas, y desde entonces hasta nuestros días, imaginad el número casi infinito de las que se han llamado hijas de Santa Teresa de Jesús, que han poblado la tierra de almas delicadas y heroicas, y el cielo de santas—, por ser en todo lo bueno, en todo lo grande extraordinaria, por ser grande entre los grandes del siglo XVI, fué entonces, ha sido y seguirá siendo siempre causa de alegría para los sencillos de corazón y de entendimiento, causa de entusiasmo y orgullo para los españoles amantes de la patria española, causa de modelo para los buenos literatos, causa de asombro para los teólogos y escritores místicos, causa de triunfo para la Iglesia católica, y causa de desesperación para los incrédulos, que sólo quieren que sean católicos los bobos y los ignorantes, y sólo Santa Teresa de Jesús les confunde.

Creo que no es exageración si os digo que no ha habido en la Historia otra mujer, ni otro hombre, tan estudiados como Santa Teresa de Jesús. Aristóteles, el Maestro de las Sentencias, Santo Tomás de Aquino, han tenido comentadores, casi innumerables, de sus escritos; pero no se ha estudiado su espíritu, su psicología, su modo de ser, tanto como se ha estudiado á Santa Teresa. De los sabios católicos, que no por ser católicos dejan de ser muy grandes sabios, nada os diré. Todos reconocen y admiran en ella una obra singular

de la gracia de Dios. Los sabios que quieren llamarse incrédulos, aunque su espíritu protesta de esta afirmación externa, también han estudiado á Santa Teresa de Jesús, y han encontrado en ella, además de los hechos humanos que todos tenemos, pero más exquisitos, más perfeccionados, otros hechos maravillosos, singulares, extraordinarios, que no pueden explicar con su ciencia, y confiesan noblemente que no entienden, pero que todo aquello tampoco es contrario á la ciencia. Dicen que son un misterio como tantos otros que aún abundan en la Naturaleza, por no decir que son hechos sobrenaturales que proceden del poder de Dios; pero la admiran, y entonan también un himno de gloria á la mujer grande, á la mujer triunfadora, á la honra de nuestra raza y de nuestro pueblo español y de toda la Humanidad. Hoy tal vez dé más gloria á España Santa Teresa de Jesús que el mismo Miguel de Cervantes, el inmortal autor del *Quijote*, pues es mucho lo que se la lee, se la traduce, se la estudia, produciendo cada día más admiración, más asombro.

De sus escritos nada os debo decir, pues es doctrina inspirada según el común sentir de todos sus biógrafos. De algunos de ellos, como del *libro de las fundaciones*, ciertamente consta; lo dice la misma Santa Teresa, y eso basta. Si habéis leído sus obras, de seguro que habréis saboreado aquella doctrina, á veces llana y á veces sublime, á veces humana y á veces divina, á veces sencilla y á veces profunda, á veces de mujer y á veces de ángel; es como el maná: sabe á todas las cosas buenas. La Iglesia la ha aprobado con su autoridad infalible, y la estatua de Santa Teresa es la única estatua de mujer que forma en línea con las estatuas de los grandes Doctores que adornan y defienden la Basílica Vaticana.

El estilo de escribir de Santa Teresa de Jesús tiene todos los matices: es como una escala de melodías musicales, es como un diamante que refleja todos los colores. Siendo siempre puro y clásico, unas veces es familiar, como cuando escribe á sus hijas ó á sus amigos; otras veces es solemne, grandioso, como cuando escribe el libro de *Las Moradas*; otras veces es ingenuo, diáfano, como cuando escribe el libro de su *Vida*; otras veces es dulce, atrayente, consolador, como cuando escribe el *Camino de perfección*; otras veces es cortesano, aristocrático, como cuando escribe á altos personajes; otras veces es alegre, gracioso, como cuando escribe las peripecias de las *Funda-*

ciones, ó llama *Matusalén* al cardenal Quiroga, que era ya viejo, ó llama *fraile y medio* á Fr. Antonio de Jesús, que era un buen mozo, y á San Juan de la Cruz, que era pequeño; otras veces es hasta militar, como cuando arengaba á sus monjas porque las veía tristes ó acobardadas. Y siempre su estilo de escribir es elegante, es clásico, refleja los estados de su alma, lo que Santa Teresa era, que se extasiaba en la oración y bailaba en los recreos de las grandes fiestas. Oid lo que Fr. Luis de León, crítico de gusto exquisito, alma delicada y grande, que tampoco fué entendido, el que después de tres años de cárcel pronunció aquel *declamamos ayer* que es todo un poema ante la asombrada ciudad de Salamanca, oid lo que dice este insigne Agustino de los escritos de Santa Teresa de Jesús: «Y no es menos clara ni menos milagrosa la segunda imagen, que dije, que son las escrituras y libros, en los cuales, sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la Santa Madre Teresa fuese un ejemplar rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, excede á muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.»

Ya veis si Santa Teresa de Jesús es grande entre los grandes del siglo XVI. Y quiso Dios que naciese en Avila, la ciudad de los caballeros, la ciudad más alta de España, para que desde allí, como una luz, como un sol, extendiera y derramara sus rayos en todas direcciones y viéndose de lejos, de todas partes, aquel resplandor glorioso, dijeran siempre y en todas las naciones: aquella es España, la patria de Santa Teresa de Jesús.

*
**

Aunque Santa Teresa de Jesús es una gloria purísima de los españoles y singularmente de todas las mujeres españolas, permitidme que os diga yo que es también una gloria de mi Orden Agustiniiana. Siendo ya de unos catorce años y muerta su buena madre, hizo amistad con una joven pariente suya de costumbres algo mundanas, y esta amistad causó mucho daño en el alma de Teresa. «Comencé —dice ella misma— entonces á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello,

y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa». Ve su padre con amargura honda el precipicio por donde marcha Teresa, y entonces, como por inspiración de Dios, la mandó de interna al colegio de señoras doncellas que las monjas Agustinas tenían en el convento de nuestra Señora de Gracia, en Avila. ¡Cuánto sentiría Teresa esta determinación de su padre! De un golpe la cortó las alas de la vanidad, que comenzaban á extenderse para volar como entontecida alrededor de la luz de la ilusión, como vuelan tantas otras jóvenes incautas que acaban por abrasarse en la misma luz que las fascina. También ella hubiera perecido en aquella llama. No obstante, ved su buena condición y el poder de la divina gracia. A los ocho días ya estaba más contenta que en su casa y todas lo estaban con ella, y aunque estaba enemiguísima de ser monja, holgábase de ver tan buenas monjas como eran las de aquella casa. Era maestra de las señoras doncellas la madre María de Briceño, de bendita memoria para todos, de espíritu fervoroso, de alma sencilla y noble, y como de imán se buscaron y entendieron aquellas dos almas y tenían confidencias espirituales. La conversación de aquella buena monja desterró en Teresa las costumbres que poco antes había tenido, tornó á poner en su pensamiento deseos de las cosas del cielo, la quitó algo de la gran enemistad que tenía de ser monja. Y un poco más tarde, al salir para su casa, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquel convento, por parecerla de mucha virtud. Ya lo véis, Santa Teresa, como monja, nació en el convento de Agustinas de Avila; allí sembró Dios en su alma el grano de mostaza que después había de germinar, y crecer y extender sus ramas por todo el mundo y anidar en él las aves más hermosas de la tierra.

*
**

Sería muy largo el contaros la historia de los cuatro libros autógrafos de Santa Teresa que tenemos en El Escorial. Podéis leerla en el folletito que, como recuerdo del tercer Centenario que celebramos, acaba de publicarse. Pero no resisto á la tentación de deciros algo del autógrafo del *libro de su vida*, ó mejor del *libro de las misericordias del Señor*, como ella le llamaba, del mismo que ahora

está expuesto á vuestra admiración y á vuestra veneración en una vitrina en la Real Biblioteca del Monasterio, porque es muy curiosa é interesante.

Si habéis leído su vida, como supongo, habréis visto cuántas tribulaciones, cuántas angustias padeció Santa Teresa. La ocurrían cosas tan extraordinarias, tan maravillosas, que ella, en su sencillez, en su profunda humildad, creyéndose siempre muy pecadora, muy indigna, no veía bien si eran cosas de Dios; pero tampoco creía que eran cosas del demonio, porque de veras aborrecía el pecado, porque amaba á Jesús de todo corazón. Muchos se burlaban de ella como de una pobre monja ilusa; otros, y entre ellos algunos de altas dignidades eclesiásticas, así como por compasión, se contentaban con llamarla solamente monja andariega; otros abiertamente la perseguían y apartaban á los buenos de su trato y conversación, no sea que los embaucara y pervirtiese: hasta sus mismos confesores á veces no la creían. Imaginad el tormento que todo esto causaría en aquella alma tan noble, tan sencilla, tan franca de Santa Teresa. En este angustioso estado de espíritu, sus confesores el P. Pedro Ibáñez, dominico, y un poco después el P. García de Toledo, también dominico, la mandaron lo escribiera todo, y Santa Teresa derramó su alma entera en el papel y contó sus anhelos, sus temores, sus esperanzas, sus dudas, sus deseos, todo; á ver si así la entendían, á ver si así la guiaban á Dios en todo, que era únicamente adonde ella quería ir. Esto era por los años 1561 y 1562.

Este primer escrito de la vida de Santa Teresa se perdió y en ninguna parte he visto consignada su causa. ¿Sería una prueba más que hacían de su espíritu de virtud, de su obediencia humilde mandándosele romper ó quemar?

Seguía la confusión de su espíritu por el año 1566, y estando en el convento de San José, de Avila, abre allí de nuevo su alma al inquisidor Soto y le cuenta lo que la había pasado y estaba pasando. El inquisidor Soto la anima, la consuela, aprueba todos sus proyectos, la fortalece. ¡Oh qué descanso debió sentir Santa Teresa! Para más acierto y confianza la dijo que lo escribiera todo otra vez, y para su tranquilidad completa que lo enviase á la aprobación de un hombre que gozaba ya entre sus contemporáneos de gran fama de santo y de sabio, el maestro Avila, que entonces estaba evangeli-

zando en Montilla. Así lo cuenta la misma Santa Teresa al Padre Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, en carta que le escribió el año 1575: «Díjome, como me vió tan fatigada, que lo escribiese todo y toda mi vida, sin dejar nada, al maestro Avila, que era hombre que entendía mucho de oración, y con lo que escribiese, me sosegase. Yo lo hice así y escribí mis pecados y mi vida.»

Encomendó Santa Teresa á su amiga y protectora doña Luisa de la Cerda enviase el *libro de su vida*, su alma, al maestro Avila, y habiéndole éste leído, se lo devolvió á la Santa, aprobándolo todo y bendiciendo á Dios que tales maravillas se dignaba realizar por medio de su sierva.

Comenzó por entonces á hablarse mucho de las *visiones* que Santa Teresa había escrito en el libro de su vida, y el P. Bañez, para prevenir futuras dificultades, le presentó á la Inquisición, y él mismo fué el encargado de dar dictamen, en el que dice que toda es buena doctrina y consigna estas notables palabras: «que aquella mujer aunque se engañara, no era engañadora.»

Ofrece la Princesa de Eboli la fundación de un convento de monjas en Pastrana, y acepta Santa Teresa. Aquella Princesa sabía que otras nobles damas habían leído el *libro de su vida*, y quiere leerle también; le pide, y se le da la Santa. Pero le lee con espíritu vano, con espíritu de curiosidad, y no la aprovecha; y hasta le profana dejándosele á los pajes y á las dueñas para hacer burla de las cosas de la monja. Muerto su marido, entró la Princesa de Eboli en el convento de Pastrana; pero sin renunciar sus frivolidades, sus arrogancias de mujer altiva, sus ambiciones de honor, su soberbia cortesana. Santa Teresa deshizo aquella fundación y se llevó sus monjas á Segovia.

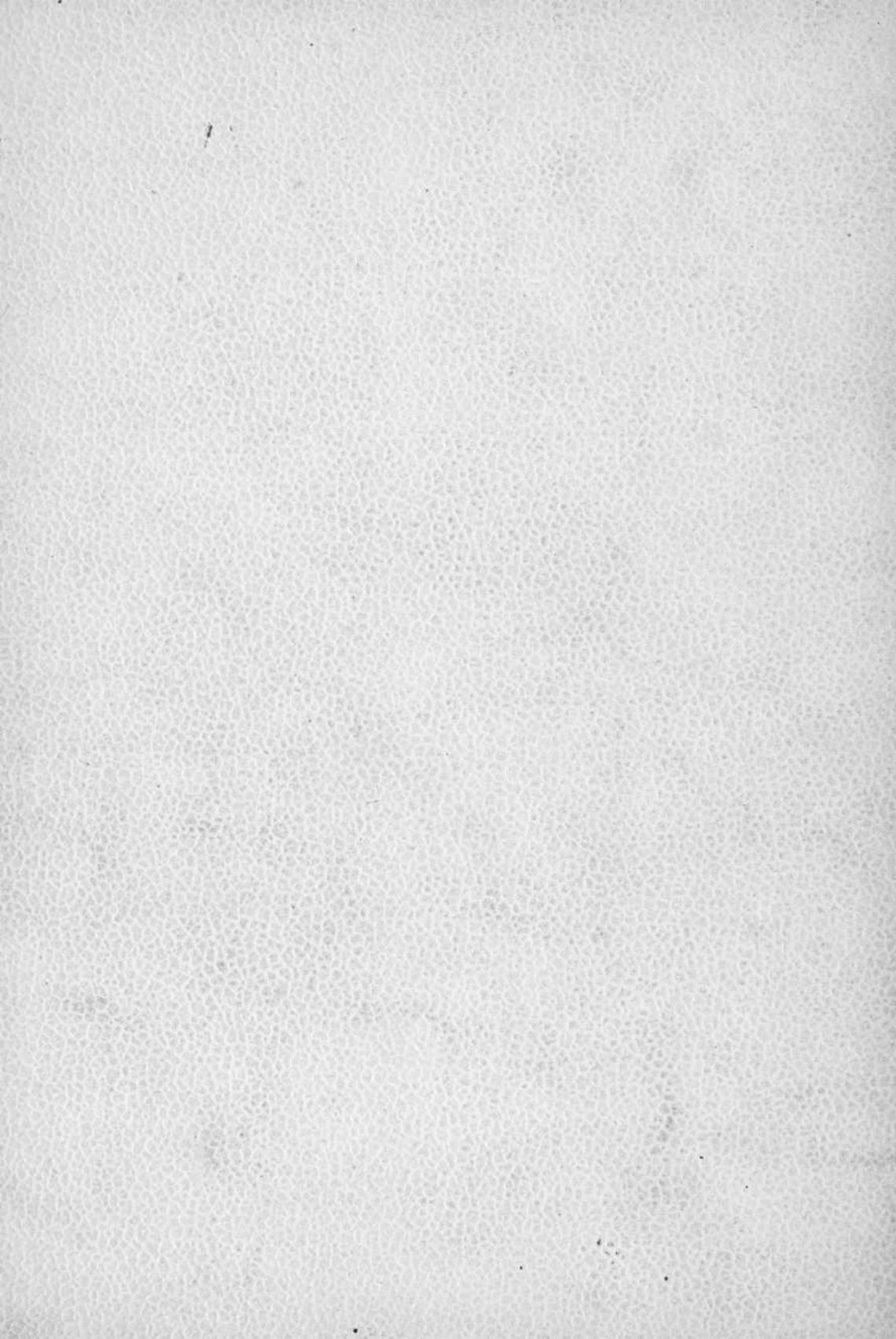
Visitando más tarde San Teresa en Toledo al cardenal Quiroga, la dijo que una señora muy principal, para hacerla daño, había delatado su libro á la Inquisición, pero que no tuviera cuidado, que él mismo le había leído todo y toda era buena doctrina. Así vengó la irritada Princesa de Eboli en el libro lo que no pudo en la Santa. Hasta el año 1592 estuvo en la Inquisición de Toledo el *libro de la vida* de Santa Teresa de Jesús.

A la piedad de Felipe II debemos el tener en el Escorial cuatro libros autógrafos de Santa Teresa de Jesús, que son el libro de su *vida*, el *camino de perfección*, el *libro de las fundaciones* y el *modo de visitar los conventos*. Permitidme que evoque ahora la memoria de mi hermano en religión, el Excelentísimo Padre Cámara, Obispo de Salamanca, el apóstol de Santa Teresa, á quien la Santa pidió una Basílica, pero una Basílica como las que en el siglo XIII levantó á la gloria de Dios el gran rey Fernando III el Santo en Toledo, en Burgos y en León, que siguen siendo el pasmo de los arquitectos, y él se la daba ó mejor se la daba España, aunque no la vió concluida, porque Santa Teresa se la premió muy pronto llevándosele para el cielo. Los que conocisteis al P. Cámara, sabéis mejor que yo que era todo corazón, que era todo entusiasmo, que era todo fuego. Imaginad el estilo caldeado con que escribiría, como escribió, acerca de Santa Teresa y Felipe II. La Santa, que no adulaba á nadie, llamó *Padre* á Felipe II, le llamó *santo* Rey. ¿Qué importa que todos los herejes de Flandes llamaran *demonio* á Felipe II, si Santa Teresa de Jesús le llamaba santo?

No es esta ocasión de hablar de este gran Rey, que aparece más admirable cuanto más de cerca se le estudia. Tampoco necesito hacer su apología, pues se la han hecho ya los extranjeros, y menos para vosotros que todos los días estáis viendo el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, maravilla de maravillas, que es grandiosa Basílica, que es museo de pinturas escogidas, que es palacio, que es panteón de Reyes, que es Biblioteca riquísima, que es monumento que testifica nuestra grandeza del siglo XVI á los innumerables turistas y sabios que vienen para admirarle, que vienen para estudiarle. El Monasterio de El Escorial fué uno de los grandes amores de Felipe II, y en él quiso reunir lo mejor de lo mejor de todo el mundo; y la Biblioteca fué objeto singular de su cariño. En ella juntó Felipe II tesoros literarios, tesoros artísticos, tesoros históricos que aún hoy son la envidia de otras naciones. Y en ese tesoro de los tesoros colocó Felipe II los autógrafos de Santa Teresa de Jesús, para honrar con ellos su Biblioteca, como él decía, para honrar á la santa Madre, como decía el P. Doria, vicario general de los carmelitas. Y al Escorial vino el autógrafo de la *vida* de Santa Teresa, su alma, como ella misma le llamaba, cuando escribió á doña Luisa de la

Cerda, que la piadosísima Duquesa de Alba leía en su oratorio para recreo de su espíritu, como palabra de Dios, y la frívola princesa de Eboli, leyó por sola curiosidad y entregó á los pajes y á las dueñas que hacían burla de las visiones de la monja, que «una señora principal para hacerla daño, como dijo en Toledo á Santa Teresa el Cardenal Quiroga, le había denunciado á la Inquisición», en donde estuvo por espacio de más de doce años, habiéndose muerto la Santa cuando todavía su alma quedaba en la Inquisición. Pero salió de allí aquel libro puro, inmaculado, sin haber borrado una tilde, porque era buena doctrina; porque era doctrina de Dios, para venir á enriquecer el Monasterio del Escorial.

Gloríese Avila y celebre grandes fiestas por ser la cuna de Santa Teresa, gloríese Alba de Tormes por poseer su cuerpo, El Escorial, nosotros poseemos su alma, que es el libro de su vida, que son sus autógrafos.



96-7.3465

